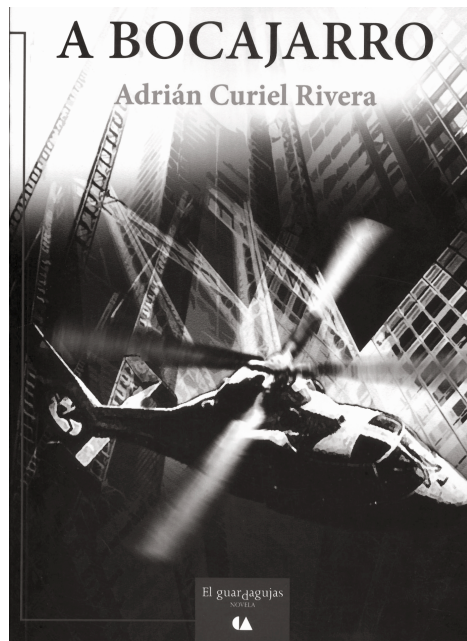


# Un futuro brillante pero sombrío

Claudia Guillén

La modernidad nunca ha dejado de asombrar al hombre. Desde que éste descubrió el fuego, junto con otros hallazgos diversos que le procuraron una mejor forma de vida, su insaciable búsqueda de comodidad no para: se trata de una necesidad casi compulsiva por descubrir, descubrir y seguir descubriendo, y pareciera que ese fisgoneo, inherente a la naturaleza humana, nunca tendrá fin, lo que quizá debió presentirse desde aquel momento, con el fuego y lo que siguió, ha seguido y seguirá. De esta forma se persiste en un interminable rastreo de descubrimientos tanto científicos como tecnológicos. Sin embargo, hay momentos en que la idea de pertenecer a una sociedad moderna puede resultar, incluso, agresiva. Ya en sus crónicas, *Micrós* nos hablaba de cómo nuestra nación, a principios del siglo veinte, imbuida en ideas positivistas, daba un espacio primordial a la electricidad que había cambiado el orden de las cosas: trenes, calles, la vida en el porfiriato; el asombrado cronista relataba su presente sin entrar en debates sobre el futuro, pues los cambios que estaba atestiguando saciaban su curiosidad. Pero, a diferencia de este autor, hubo otros que, no conformes con los asombros de su presente, tendieron la mirada para hablar del futuro a través de la Ciencia Ficción: mirada literaria de la que han echado mano célebres escritores que forman parte de diferentes épocas y latitudes.

Si bien este género en nuestro país ha sido abordado en diversos momentos, es quizás a finales del siglo XX cuando se reúne un grupo de sólidos escritores que, por su calidad, son reconocidos representantes del mismo: José Luis Zárate y Gerardo Porcayo, por mencionar tan sólo a dos. Con su última novela, *A bocajarro*, Adrián Curiel Ri-



vera se une a estas voces que forman parte de un referente indispensable en la literatura mexicana actual.

Curiel Rivera es también autor de los libros de cuentos *Unos niños inundaron la casa* y *Mercurio y otros relatos*, y de la novela *Bogavante*, entre otros títulos. Es, pues, un autor que ha transitado sin dificultad distintos géneros —ensayo, cuento y novela—, para conseguir una prosa alimentada por diversos recursos estructurales, así como un lenguaje por demás rico y variado.

En principio, *A bocajarro* es una novela de Ciencia Ficción. Incluso su protagonista, Vicente Diamante, asume que sus decisiones son semejantes a las de un héroe protagonista de la Ciencia Ficción. Sin embargo, el relato integra asimismo elementos del *thriller*, pues Diamante investiga un asesinato ocurrido en una ciudad típica del futuro, de nombre Urbanat donde, a través de televisores que aparecen en todos lados, la imagen controla la vida de los habitantes.

Desde las primeras páginas el autor recrea a detalle y con un gran ejercicio de imaginación —que convence al lector de inmediato de que se está adentrando en el futuro— el escenario donde se llevarán a cabo los sucesos: la atmósfera que rodea a un asesinato debe estar muy bien planteada y dirigida, y Curiel Rivera se arriesga y nos lleva por un mundo que posiblemente vivamos en un futuro no muy lejano. Como mencionaba, la ciudad en cuestión está dominada por la imagen que se trasmite por los televisores situados a lo largo y ancho de ella (este aparato podría ser, así, una suerte de “corazón tecnológico” que nos remite a los latidos de Urbanat). Los televisores murales y robots con algunos toques de sentimientos humanos transitan con libertad por este espacio. La tecnología de punta, con escáneres y el ADN a la orden del día parecieran suficientes herramientas para que un asesinato sea resuelto sin mayor dificultad. Pero el conflicto reside justamente en esa parte: todo está mecanizado y, por ende, los pobladores de Urbanat se comportan como robots con sangre en las venas y están sometidos al servicio de El Animador, alto jerarca que ha permanecido en el poder por quién sabe cuánto tiempo. Gracias a las maniobras de este dictador futurista, tanto la memoria como la historia se han vuelto arcaicos en la modernidad Urbanatiana.

Ignacio Figueroa, la víctima, yace en el piso muerto por un disparo de pistola calibre 45. El detective Diamante se extraña, pues ese tipo de armas, como los libros de literatura, han sido defenestrados de la sociedad. Así, se complejiza el caso, pues desde muchos años atrás no se había visto un crimen con tales características. Urbanat, con su sistema tecnologizado, es una ciudad donde se tiene bajo control total a la gran

mayoría de los ciudadanos: se sabe cómo piensan, en qué piensan y de qué manera piensan, como si un Gran Hermano definiera el destino de los que están bajo su tutela. El ojo observador nunca deja de vigilarlos.

La oficina de los detectives Vicente Diamante, la teniente Laura Persiles y el perito-policía Beto Aranda se encuentra en la Ciudad Subterránea. Ahí se confrontan las diferentes hipótesis que hacen pensar, después de una prueba de ADN, que el viejo muerto es el mismo que está en ese momento jugando fútbol en un partido definitivo para el equipo de Urbanat. La digitalización de todos los datos de los pobladores lleva a los investigadores a la primera premisa: ¿es posible que el viejo decadente y muerto pueda ser el mismo hombre joven y ágil, ídolo de la afición, que juega fútbol en ese instante, como lo muestran las diferentes pantallas colocadas en la oficina? De ahí se deriva una investigación que los lleva a encontrar una serie de hechos que van complejizando más la trama, para elevar así el conflicto, que se resuelve en las últimas páginas de la novela, con lo que Curiel consigue mantener la tensión a lo largo del relato. Durante la investigación se intercalan algunas acciones que nos muestran cabalmente la dictadura que ejerce El Animador: en Urbanat la lectura de textos literarios se ha prohibido, y quien osa practicar ese ejercicio es castigado, a veces con la pena de muerte (quizá convendría establecer en

la actualidad una dictadura semejante, para captar más lectores: lo prohibido siempre llama). Así lo demuestra el protagonista, quien tiene ese gusto por la lectura y ha conservado algunos libros para su placer. Así, el canon de lo que se verá en la pantalla, o se leerá, está en poder de las Agentes Literarias y de periodistas cercanos al sistema.

*A bocajarro* es una novela donde se realiza una crítica a los postulados de la modernidad, y también quizá se trate de una advertencia del autor sobre en lo que podríamos convertirnos si perdemos los valores más esenciales del ser humano: en el relato se destaca que la lógica de lo virtual se impone a la lógica del pensamiento; el ejercicio de la memoria sólo se lleva a cabo a través de la imagen dirigida; la identidad de cada ciudadano se agrupa en bloques, según estaciones del año, y no por fecha exacta de nacimiento; los ejercicios humanísticos son defenestrados, y sólo los recuerdan quienes ya no son parte del sistema. Curiel recurre a diferentes voces para dar densidad a las atmósferas y a los pensamientos de sus personajes. Por ejemplo, Vicente es un lector clandestino que ha repasado a los grandes maestros de la Ciencia Ficción, y su experiencia inmediata —el crimen sin resolver— lo lleva a replantearse cómo esa memoria de la literatura, aparentemente borrada, es la memoria de su pueblo. Así, el autor utiliza la segunda persona para integrar la voz mental de su protagonista mientras éste

cavila, con lo que el espacio para la reflexión se expande, y esta suerte de conciencia lleva al lector a entender ciertos procesos que se fueron dando mientras se gestaba la urbe, que también cuenta con una Ciudad Alta. Así, el pensamiento surge como contraste de los partidos de fútbol que se observan durante casi todo el relato en las televisiones (por lo cual, el orgullo del país está en manos de sus jugadores y uno de ellos, su ídolo, aparentemente ha sido asesinado).

Adrián Curiel Rivera nos muestra una vez más cómo cualquier mundo, bien narrado, puede cobrar verosimilitud e incluso provocar en los lectores cierto temor o empatía. *A bocajarro* es una novela que fluye con naturalidad e integra elementos narrativos de gran eficacia, lo pone de manifiesto la solidez literaria de su autor. También, al insertarse en una tradición literaria cuyo ejercicio es aún poco común en nuestro país, es una muestra de que su autor no se alinea fácilmente con las mayorías, que busca el camino menos transitado, se adapta y aprende de él. Por último, se trata de una historia que nos hace evidente que, si seguimos así, llegará un momento en que tal vez la tecnología sofoque al humanismo y lo borre del horizonte cultural. Esperemos que esto no suceda. **U**

Adrián Curiel Rivera, *A bocajarro*, CONACULTA, México, 2008, (colección El guardaguijas), 201 pp.

